LA PRIMERA ORACIÓN DE CARLOTA

HESBA STRETTON

LA PRIMERA ORACIÓN DE CARLOTA

POR

HESBA STRETTON

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS

CON ILUSTRACIONES
POR GORDON BROWNE

SOCIEDAD
DE
PUBLICACIONES RELIGIOSAS
FLOR ALTA, 2 Y 4.-MADRID
1920

Imprenta de B. Izaguirre.—Churruca, 17.—Madrid.

CAPÍTULO PRIMERO

EL PUESTO DE CAFÉ

En un arco de aquellos puentes de los ferrocarriles que atraviesan en todas direcciones la gran ciudad de Londres, veíase hace algunos años, todos los días, de cinco a ocho de la mañana, un pequeño puesto de café con leche. El aparato era muy sencillo: una mesa de madera de pino, y sobre ella una cafetera y algunas tazas. La pequeña tienda tenía numerosa clientela de obreros, que hacían allí parada al marchar a su trabajo. En los días de lluvia, tenían allí una guarida donde poder almorzar con descanso.

Tras de la mesa había un hombre, ya avanzado en años, de estatura alta y un exterior poco simpá-

tico. Taciturno por temperamento, hablaba rara vez, y su único cuidado era el de servir pronto a sus parroquianos.

Nadie sabía la vivienda de este hombre, sino el comisario de policía, que todas las mañanas al pasar le saludaba. Poco importaba a los parroquianos saber de él; mas lo que se veía siempre, era que aquel hombre llevaba a guardar todas las mañanas, a las ocho en punto, su mesa y demás utensilios a una posada vecina, y se alejaba mirando cautelosamente a derecha e izquierda.

Muchos años hacia ya que las gentes venían frecuentando su tienda, cuando una mañana el cafetero observó una cosa nueva para él. Dos ojos negros como el azabache estaban fijos en él, y sólo se apartaban para dejar caer miradas hambrientas sobre el pan con mantequilla, como un ratón que está codiciando el queso de la ratonera; eran los ojos de una hermosa niña, cuyos cabellos caían en desorden sobre un rostro angelical; sus hombros desnudos temblaban con el viento helado de la mañana; una pollera de algodón le servía de vestido, y sus pequeños piececitos desnudos, queriendo evitar el contacto del empedrado húmedo, levantábase alternativamente. La pobre niña no pedía limosna, pero cada vez que veía una taza llena de café caliente, brillaban sus ojos, y sus labios se movían, como queriendo beber aquel delicioso líquido.

—¡Vamos, vamos!—dijo al fin el cafetero, cuando no quedaba más que un muchacho tomando el

¿Por qué no te vas, pequeña?

desayuno;—¿por qué no te vas, pequeña? ¡Vamos! Ya has estado aquí demasiado tiempo.

—Voy, voy—contestó la chica;—yo había creído que no hacía mal, y quería abrigarme aquí un poco... ¡Llueve tanto y estoy tan mojada! Mamá no ha vuelto a casa en toda la noche, y no he podido entrar; he pasado la noche en la calle. ¡Me hace tanto bien el poder absorber el olor aromático del café... porque tengo hambre! Además, mientras estoy aquí, no se fijan los comisarios de policía en mí; piensan que he venido a almorzar.

Al decir estas palabras, reíase la pobre niña, como si quisiera burlarse de su pobreza y de la policía.

—Entonces, ¿no tienes nada que comer?—preguntó atónito el cafetero:

—No—contestó la chica—y tal vez tardaré mucho en recibir un pedazo de pan; usted es muy feliz, señor, en no tener que sufrir hambre.

Diciendo esto se iba alejando la pobre, echando al cafetero una mirada que le daba a entender que para ella los sufrimientos habían principiado desde muy temprano; pero apenas había andado algunos pasos, cuando oyó que la llamaban, y al momento volvió al arco del puente.

—Ven—dijo el cafetero,—aquí hay un poco de café y un pedazo de pan; pero no vengas más, ¿lo oyes? No doy nada a los pobres, y si me hubieras pedido una limosna, habría llamado a un agente de policía; no lo has hecho y serás recompensada. Ven, aprovecha la ocasión, calienta tus pies y almuerza tranquilamente.

La chica no se dejó decir esto dos veces; se sentó contenta sobre una canasta al lado del brasero ardiente, y devoró con ansiedad el almuerzo, sin dar tiempo a expresar su reconocimiento sino con una mirada llena de gratitud.

—¿Cómo te llamas?—preguntó al fin el hombre, viendo que la niña había saciado el hambre un poco.—Pero, ¿por qué razón te pregunto esto? —añadió;—¿qué me importa?

—Yo me llamo Carlota—respondió ella;—la mamá y los vecinos me llaman *Lota*, y Dios sólo sabe cuántas veces me llaman al día. No se oye más que *Lota* arriba, *Lota* abajo; las bofetadas, puntapiés y golpes que recibo en pago de mi trabajo, no tienen número. Mirad, señor, las señales en mis brazos...

Al decir estas palabras, mostró la pobre a su nuevo amigo señales bien claras de los malos tratamientos que recibía, y éste la miró con compasión.

—¡Oh, si pudiera quedarme aquí!—exclamó;—pero tengo que irme, y no puedo volver porque usted dice que me denunciará a la policía.

—Sin duda que no debes volver; pero mira, si me prometes no venir por aquí en toda la semana, te permito volver dentro de ocho días y te daré otro almuerzo; ahora vete, y que te vaya bien.

—Gracias, señor, gracias—dijo Carlota contenta, saltando de su asiento, para probar que aceptaba la propuesta; y con un saludo gracioso desapareció como un pajarillo.

CAPÍTULO II

LA TENTACIÓN DE CARLOTA

Carlota cumplió fielmente su promesa. Su serio y silencioso bienhechor no volvió a ver su cuerpo delgado y macilento, antes del día señalado; entonces apareció alegre y sonriéndose. Pero mientras había gente en la tienda, se mantuvo quieta a un lado, hasta que dieron las ocho en la iglesia vecina; entonces se acercó a una señal del cafetero, y sentándose en su lugar, recibió su porción de café con leche y su pan.

—¿Cómo se llama usted querido señor?—preguntó la niña, echando una mirada llena de gratitud a su bienhechor.

—¿Para qué ésta pregunta?—contestó aquél bruscamente;—mi nombre es Daniel.

—¿Dónde vive usted, señor Daniel?

—Vaya, vaya—respondió éste—no hables tanto; si lo quieres preguntar todo, anda y vete. ¿Qué te importa mi habitación? Yo no puedo ver gente preguntona. No pido nada a nadie, y quiero que se me deje en paz, y si no, fuera con los impertinentes.

—Perdonad, querido señor—contestó Carlota avergonzada;—yo no he querido enojar a usted; yo le quiero a usted mucho, porque es usted honrado y bueno, ¿no es verdad?

—Eso no lo sé—respondió taciturno el señor Daniel.

—¡Oh, sí! Usted es bueno, usted hace muy buen café, y habla además con el agente de policía como con un amigo.

Daniel suspiró. Absorto en sus pensamientos, comenzó a recoger sus cosas en una canasta grande; tal vez se preguntaría en secreto si podía contar otros ejemplos de su buen corazón, como los que Carlota había decantado en su sencillez. De

... se mantuvo quieta a un lado...

repente le ocurrió una idea: principió a contar sus ganancias de la mañana, y dejó caer a propósito una moneda en el empedrado húmedo, observando a la chica disimuladamente. Esta puso al instante su piececito desnudo sobre la moneda, y se la atrajo poco a poco, mientras seguía hablando.

Daniel sintió en el primer momento una opresión en el corazón, pero después se puso contento por haber puesto a prueba a la niña, y resolvióse a prohibir a la pequeña ladrona aparecer por allí.—Así son los pobres, se decía: yo he querido el bien de ésta chica, le he mostrado más benevolencia que a criatura alguna en muchos años, y en la primera ocasión trata de engañar y robarme. Como miraba conmovido a Carlota, observó que sus facciones cambiaron; se inclinó, levantó la moneda y la puso sin proferir palabra en un lado de la mesa.

Asombrado Daniel, la dijo:

—¿Qué es esto, hijita?

—Señor Daniel, es una moneda que se había caído al suelo; y al decir esto se llenaron sus ojos de lágrimas, y sus mejillas pálidas se pusieron encendidas.

—Carlota—replicó Daniel con seriedad,—dime toda la verdad.

—Señor—contestó la niña llorando,—yo nunca he tenido un cuarto que fuese mío, y cuando cayó éste al suelo, puse el pie encima con intención de tomarlo a escondidas. Pero antes de concluir m almuerzo, me acordé de su bondad y cariño conmigo, y no he podido tomar el dinero. ¡Qué maldad tan grande he hecho! Usted no permitirá que vuelva, ¿no es así, señor Daniel? ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

Diciendo esto, lloraba la pobre amargamente.

Daniel no contestó nada, y acabó de arreglar las cosas en su canasta, mientras Carlota estaba delante de él temblando y llorando. Para ella valía este rinconcito solitario, con su olor aromático a café y su brasero encendido, tanto como un paraíso, y ahora iba a ser arrojada de allí; una vez más tenía que regresar a la calle obscura y triste en que vivía pobre y completamente abandonada, todo por su propia culpa; esto parecía partirle el corazón.

¿Qué es esto, hijita?

Daniel se volvió hacia ella; estaba conmovido también, y le dijo con voz temblona:

—Carlota, yo no hubiera podido hacer lo que tú has hecho; puedes venir todos los miércoles; habrá un lugarcito para ti.

Cuando Carlota oyó esto, creyó ver una amonestación en las palabras de su bienhechor, y se

entristeció, a pesar de que sabía que todo le estaba perdonado; pero Daniel la observó cuando se alejaba lentamente, y se decía meneando la cabeza:

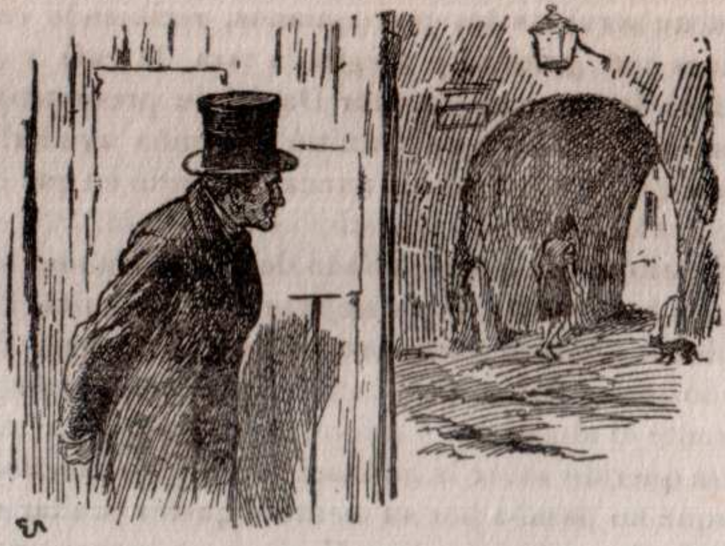
—No, no; yo no podría haber procedido como ella, y jamás habría confesado mi culpa tan francamente; no, nunca.

CAPÍTULO III

UN AMIGO VIEJO CON VESTIDO NUEVO

Pasaron muchas semanas, y durante los últimos tres meses del año visitaba Carlota todos los miércoles la pequeña tienda bajo el arco del puente. Esperaba con paciencia en su rinconcito hasta que estaban servidos los parroquianos, recibiendo entonces con gratitud y alegría la taza de café y el pedazo de pan que el señor Daniel le presentaba. Pasado algún tiempo, permitió a la niña ayudarle a recoger la vajilla, pero nunca consintió en que le acompañara cuando se retiraba a su casa. Por el contrario, tenía buen cuidado de no dejar aquel sitio sin haber visto antes alejarse a su amiguita. La prohibió también hacer preguntas importunas; de modo que a veces apenas cambiaban cuatro palabras durante el almuerzo. Carlota, de buena gana hubiera querido saber la habitación de su bienhechor, porque no pasaba por su mente el querer ocultar su propia situación tan triste. Vivía en un granero que había servido como depósito de heno algún tiempo, al que subía por medio de una escalerilla de mano. Allí no había muebles ni trastos de ninguna especie: un haz de paja le servía de cama, y algunes ladrillos, puestos unos encima de otros, servían como mesa y asientos. Lo que la madre de Carlota habia poseído en algún tiempo, estaba en la casa de préstamos mucho tiempo hacía; y hubiera ven-

dido a la hija de buena gana, si hubiera encontrado comprador. Pero la niña no costaba mucho a esta madre desnaturalizada; no recibía de ella alimentos ni ropa, y palabras cariñosas jamás. Golpes y mal trato era lo que recibía la pobre niña, no ya solamente de la madre, sino también de los muchos vecinos que vivían en aquella casa de mala fama. El más pequeño descuido que cometía, el error más



No dejaba aquel sitio sin haber visto alejarse a su amiguita.

insignificante en los encargos sin número que se le confiaban diariamente, se castigaba con injurias y golpes.

La suerte de la pobre Carlota era de las más miserables, y habría sucumbído tal vez a tantos trabajos y sufrimientos, si el cariño de su amigo no

hubiera esclarecido su vida triste con un rayo de alegría. Durante toda la semana soñaba la pobre con el miércoles, aquel día magnífico en que no solamente saciaba el hambre, sino también se confortaba su corazón con las palabras cariñosas del señor Daniel.

En una noche de invierno se había alejado Carlota mucho de su cuarto, asustada con las imprecaciones de su madre. Más triste que de ordinario, andaba errante, llorando amargamente, cuando vió al señor Daniel de improviso. Estaba vestido de negro, sus vestidos nuevos y su corbata blanca le daban un aspecto tan respetuoso, que no se atrevió a dirigirle la palabra y se contentó con seguirle de lejos. A poco tiempo observó que se paró ante un edificio muy grande, cuya puerta abrió. Cuando hubo entrado le siguió, quedándose atrás de miedo de ser descubierta, pero su curiosidad la atormentaba; miró por la puerta medio abierta, forrada con damasco encarnado, y vió al señor Daniel ocupado en encender las lámparas de gas. Se encontraba en un salón grande, magnífico; los suelos estaban ricamente alfombrados, y los asientos, de madera de roble, respaldados, estaban forrados con terciopelo encarnado. La bóveda descansaba sobre columnas graciosas, y arañas de cristal pendían de ella. En el fondo había un púlpito ricamente tallado, y al otro lado un órgano soberbio.

Carlota lo contemplaba todo estupefacta, cuando de pronto apareció Daniel, vestido de una túnica negra; al divisar a la pequeña, quedóse parali-

zado un minuto, con aire de asombro e inquietud.

—¡Vamos, chica!—exclamó con voz ronca, cuando se hubo repuesto de su sorpresa. Tienes que salir de aquí ahora mismo. Este no es sitio para ti; aquí viene gente bien vestida; así que tienes que

Se paró ante un edificio muy grande...

marcharte de prisa, antes de que venga alguien. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Mientras hablaba, se había ido acercando a ella, de modo que las últimas palabras se las dijo al oído.

—Mamá me pegó—dijo ella—y me echó a la calle.

Le ví a usted venir, y le seguí. Sí, señor Daniel, me voy; yo no pensaba hacer mal siguiéndole; ¡me sentía tan desgraciada! ¡Qué magnífico es todo esto aquí! Dígame usted qué es lo que se hace en este salón. ¡Es tan grande como una casa!

—¿No ves que es una capilla, y que se viene aquí para adorar a Dios?

—¿Qué cosa es adorar a Dios?—dijo humilde la niña.

—¡Cómo? ¿no sabes que cosa es orar? Mira, para orar uno se pone de rodillas, y el pastor sube al púlpito y habla con Dios a nombre de todos los que están congregados.

Mientras Daniel hablaba así, la chiquita le miraba, como si le hubiera hablado en lengua extraña, y preguntó al fin:

—¿Qué cosa es Dios y qué cosa es un pastor?

—¡Pobre niña, que ignorante estás!—contestó Daniel;—lo mejor que puedes hacer es irte pronto, porque esta capilla no está hecha para los chicos andrajosos. Ven, veremos si te portas bien y me obedeces: he respondido con paciencia tus preguntos; ahora tienes que salir y no vuelvas.

—Pero, señor Daniel, yo todavía no sé la mitad de lo que quisiera saber. ¿No pudiera usted esconderme en alguna parte, donde yo pudiera ver y oir, sin darle el trabajo de contestar a mis preguntas?

—¡No, no—respondió Daniel alterado;—aquí no pueden entrar pordioseros. ¡Fuera al momento, fuera de aquí!

Carlota cedió, porque no debía irritar la cólera

de su amigo; tenía que salir aunque no quisiera. Pero apenas había dejado la capilla, cuando observando un agente de policía que se paseaba por la calle, se escondió tras de la puerta de la capilla.

Desde este escondite pudo observar las señoras y caballeros, cuyos vestidos podía tocar, que entraban en la capilla; y vió también cómo Daniel señalaba sus asientos a todas las personas y les daba libros. Un silencio completo reinó después por algunos minutos, y luego resonó una música magnífica, como Carlota no había oído jamás... era el órgano que acompañaba con sus acordes los cánticos de los asistentes.

Nunca había sentido tal conmoción; su corazón se había estremecido; dejó triste la capilla en que había sido encantada por las luces y la música.

CAPÍTULO IV

EXPLORANDO TIERRAS DESCONOCIDAS

Un domingo tras otro volvió nuestra pequeña amiga a la capilla. Aprovechaba el momento en que Daniel encendía el gas para esconderse tras de la puerta de entrada, desde donde podía observar todo lo que pasaba en el salón. Desde luego le había parecido que aquel joven con la cara pálida y benévola sería el pastor, pues siempre entraba el primero con un libro debajo del brazo, muy pensativo, con aire serio y respetuoso. A veces le acompañaban sus hijas, dos niñas bonitas, que para la pobre Carlota eran objeto de admiración.

La menor era rubia, de ojos azules; su aspecto enfermo hacía un contraste visible con la cara de su hermana que respiraba salud; ésta era alta y robusta; sus cabellos negros caían en rizos alrededor de su cabecita, y sus hermosos ojos, llenos de gracia, le ganaban los corazones a la primera mirada.

Una noche en que las niñas del pastor fueron a la capilla un poco antes de la hora acostumbrada, vieron una chiquilla andrajosa y descalza que caminaba quedito al lado de la pared, penetraba rápida en el pórtico y se ocultaba detrás de la puerta. Se detuvieron, mirándose la una a la otra, y latiéndoles precipitadamente el corazón por el susto, siguieron aquella extraña figura. Siguiendo las huellas que los pies mojados de Carlota habían dejado en el suelo, pronto la descubrieron agazapada detrás de la puerta.

—Llama a Daniel Durán—dijo la más pequeña acercándose a su hermana.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando Carlota salió asustada de su escondite.

—¡Oh! señoritas—suplicaba la pobre;—no hagan ustedes que me echen de aquí; yo soy una chica desgraciada, cuyo único consuelo es poder venir aquí. Yo no hago nada a nadie, me escondo tras de la puerta para oir; si el señor Daniel lo supiera, no me daría café los miércoles.

—¡Pobre chica!—dijo Juana, la niña mayor, con tono benévolo;—no te haremos ningún mal. ¿Pero por qué te escondes detrás de la puerta y qué buscas aquí?

—Me gusta mucho la música—contestó—y yo quisiera saber quién es Dios, y cómo se le puede adorar. Pero en mi escondite oigo muy poco, y me voy muchas veces muy triste por esto.

—Vendrás con nosotras, y te sentarás a nuestro lado—dijo Juana contenta.

Magdalena, que oyó estas palabras, se puso colorada, y señalando con los deditos los andrajos de Carlota, dió a entender que se avergonzaría estar sentada junto a la pequeña mendiga ante toda la congregación.

—Calla—exclamó Juana enojada.—Abrió su Nuevo Testamento, y leyó el versículo siguiente: «Hermanos míos, no tengáis la fe de nuestro Señor Jesucristo glorioso, en acepción de personas; porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y de preciosa ropa, y también entra un po-

... la descubrieron agazapada detrás de la puerta.

bre con vestidura vil, y tuviereis respeto al que trae la vestidura preciosa y le dijereis: Siéntate tú en buen lugar; y dijereis al pobre: Estate tú allí en pie o siéntate aquí debajo de mi estrado; ¿no juzgáis en vosotros mismos, y venís a ser jueces de pensamientos malos?»—Ya ves, Magdalena si no llevamos a esta niñita a nuestro asiento, ¿no hacemos entonces una distinción prohibida, y afligiremos al Señor Jesús?

—No sé qué decir—respondió Magdalena suspirando;—no me gusta ser vista en compañía de esta chica, y, sin embargo de esto, ¡habla el Evangelio tan claro!... Yo preguntaré al sacristán.

—¡Ah, no, no, por Dios!—exclamó Carlota;—yo no volveré más, se lo prometo, porque veo que no les gusta. No trataré de saber en adelante lo que es Dios y cómo se le debe adorar; tampoco volveré a oir esta música celestial.

—Pero, querida niña—contestó Juana con dulzura, aunque con seriedad;—es nuestro deber decirte cómo se llega a conocer a Dios. Papá es el pastor, iremos a verle, y él nos dirá lo que tenemos que hacer; el te amará, estoy segura de esto.

—¿Me verá el señor Daniel?—preguntó Carlota con cuidado.

—Nadie te verá; papá está siempre solo en la sacristía, preparándose para el sermón. ¿Le temes?

—¡Ah, no; le he visto pasar muchas veces; parece ser tan bueno!

En seguida condujeron a la chica a una puerta, que Juana abrió despacio, después de haber llamado.

CAPÍTULO V

CARLOTA DESCUBRE UN NUEVO MUNDO

El pastor estaba sentado en un sillón junto al fuego y tenía en la mano una Biblia, que puso sobre la mesa cuando vió entrar a las niñas. Carlota había observado siempre su cara risueña, pero ahora se encontró con su mirada penetrante y expresiva. Cuando esta mirada se fijó en ella con compasión, conmovióse en lo más íntimo de su corazón, y se acercó con confianza para responder a sus preguntas con agrado.

—¿Cómo te llamas, hija mía?—preguntó, así que sus hijitas le habían contado lo que había sucedido.

—Carlota, señor—contestó.

—Nombre singular—contestó el pastor.

—Mi mamá fué cómica—continuó Carlota—y me dió este nombre en la época en que yo nací. Fué muy bonita en un tiempo mi mamá, y dice que yo podría llegar a ser cómica también si no fuera tan fea. ¿Pero usted es el pastor, no es verdad?

—Sí.

—¿Qué cosa es un pastor?

—Un pastor es un siervo—contestó el ministro mirando pensativo al suelo.

—¡Papá—exclamaron Juana y Magdalena admiradas, mientras que Carlota miraba estupefacta al pastor.

—Con perdón de usted, señor—replicó,—¿de quién es usted siervo?

—De Dios y de mis hermanos, y tuyo también—respondió seriamente el pastor.

La chica meneó la cabecita, y comenzó a reir: pero tan chocante y burlona fué su risa, que los ojos del ministro se llenaron de lágrimas, porque podía adivinar los sufrimientos y dolores cuya expresión debió ser esta voz infantil tan clara.

Daniel se inmutó y palideció...

—¿Quién es Dios?—dijo Carlota;—este nombre lo he oído muchas veces, y yo misma lo he pronunciado, pero no lo conozco. Cuando mi mamá estaba de buen humor, decía muchas veces: «¡Dios sabe!» ¿Usted entiende lo que quiere decir esto, señor?

En el momento en que el pastor iba a responder, abrióse la puerta y apareció Daniel. Al apercibirse de la presencia de Carlota, se inmutó y palideció de tal modo, que le fué menester apoyarse en la puerta para no perder el equilibrio.

Por su parte temblaba la chica de miedo, y se escondió tras la silla de su nuevo amigo.

—Carlota—le dijo éste,—voy a subir al púlpito; cerca de mí hay un hueco en la pared, en que nadie te puede ver; pero tú me podrás ver y yo te veré también durante el tiempo del sermón. Pórtate bien y escucha con atención; oirás hablar de Dios.

—Durán—continuó, dirigiéndose a Daniel—dejará usted a esta chica que se siente en el banquillo debajo del púlpito; yo respondo que estará tranquila, será en adelante mi pequeña amiga.

CAPÍTULO VI

LA PRIMERA ORACIÓN

Después de la conclusión del culto, cuando el pastor bajaba del púlpito, vió que Daniel quería despedir a la chica, riñéndola; pero el siervo de Dios tomó la niña de la mano y la condujo a la sacristía, adonde la siguieron Juana y Magdalena, poco después.

—Hijitas mías—les dijo,—no es fácil llegar a conocer a Dios; sabemos que es nuestro Padre, sí, Padre de todos nosotros, también tuyo, Carlota; te ama más de lo que yo puedo amar a mis propios hijos.

Al decir estas palabras, miraba a la niña con tal expresión de cariño, que Carlota, enternecida, no pudo reprimir el llanto.

—No he tenido padre—exclamó.

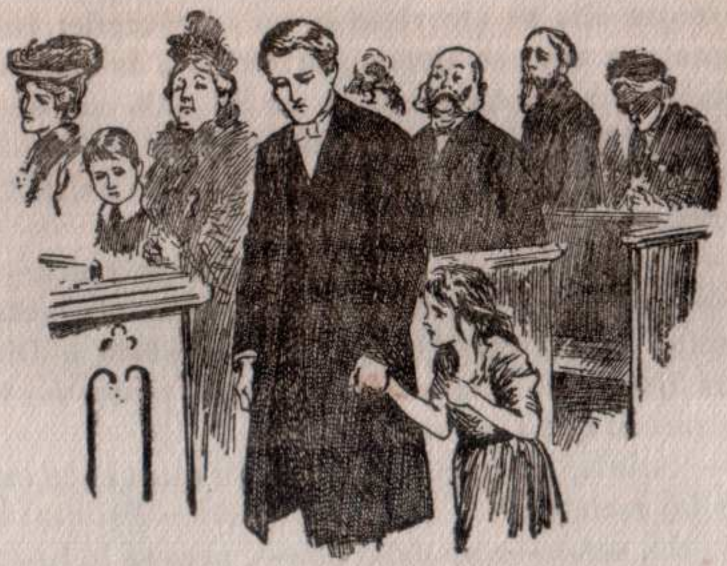
—Dios es tu Padre—respondió bondadoso el buen pastor.—Él sabe todo lo que pasa contigo; Él te ve en este momento y te verá siempre donde estuvieres. Dios escucha a todos los que hablan con Él, y está siempre pronto a concederles lo que le piden.

—¿Puedo yo también hablar con Él—preguntó la pequeña mendiga;—o solamente a los niños ricos les es permitido hablarle?

—Hijita mía—respondió el pastor,—Dios no hace diferencia entre los hombres; puedes pedirle lo que quieras, y si tu oración es sincera, te escuchará.

Al momento hincó Carlota las rodillas, como el pastor lo había hecho, y dijo con sencillez angelical: «¡Oh Dios mío, deseo conocerte! Si tú quieres, y mi oración te agrada, te ruego pagues al señor Daniel el buen café que me ha dado.»

Juana y Magdalena se sorprendieron, y no sabían qué pensar de oración tan singular; pero en los



... la condujo a la sacristía.

ojos del pastor brillaban lágrimas de ternura, y con voz grave y pausada terminó *la primera oración de Carlota* con un Amén.

CAPÍTULO VII

PREGUNTAS DIFÍCILES

Daniel se había propuesto al miércoles siguiente prohibir a Carlota la entrada en su tienda y en la capilla, y amenazarla con el agente de policía en caso que ella se atreviese a no obedecerle; pero antes que tuviese tiempo de dirigirle la palabra, estaba la pequeña mendiga en su sitio acostumbrado, y le dijo con gracia infantil:

—Y bien, señor Daniel, ¿le ha pagado a usted el café nuestro buen Dios?

—¿Pagado tu café? ¿qué quieres decir, chica?

—¡Oh! usted recibirá la paga algún día, señor Daniel, pierda usted cuidado. He pedido a Dios para que se lo pague a usted, y el pastor me ha asegurado que Dios me oirá.

—Carlota, ¿le has dicho al pastor que vendo café por las mañanas?

—No, señor—respondió ella—, pero se lo he encomendado a Dios tantas veces en estos últimos días, que estoy cierta cederá a mis ruegos, quizá pronto.

—Carlota, si me quieres, no digas a nadie nada de mi pequeño comercio, ¿lo oyes? Si se supiera que yo tengo esta pequeña tienda, perdería yo probablemente mi empleo en la capilla y dejaría de ganar mucho dinero.

—¿Por qué quiere usted ganar mucho dinero,

señor Daniel? ¿Quiere usted regalárselo a nuestro buen Dios?

Daniel no respondió, pero la pregunta le llegó al corazón. ¿Para qué necesitaba él tanto dinero? Se acordó de su habitación triste y obscura, en la que no se permitía ninguna de las comodidades de la vida, tan sólo por poder aumentar su tesoro todos

—¿Le ha pagado a usted el café nuestro buen Dios?

los días; porque no podía acordarse, en efecto, de ninguna obra buena, con excepción de la taza de café que regalaba a la niña una vez en la semana.

Cuando reflexionaba así sobre su miseria y su avaricia, recordaba toda su vida pasada perdida

completamente, y empezó a temblar: abrió su bolsa y dejó caer en la mano de Carlota una pequeña moneda de plata.

—¡No, no! señor Daniel—exclamó ella—; usted no debe regalarme sus ahorros; yo quiero, al contrario, que Dios le recompense a usted y le devuelva los gastos que hace por causa mía.

—Sí: Él me lo recompensará—respondió Daniel—; el día de la recompensa vendrá pronto.

—¿Es cierto? ¿Tiene Dios un día de recompensa?—preguntó Carlota.

—Sí, muy cierto; pero pocas gentes estarán contentas en aquel día.

—Pero usted, señor Daniel, estará muy contento en aquel día, ¿no es cierto? ¡Usted es tan bueno!

Daniel no respondió; pero cuando Carlota se había ido, echó una mirada severa sobre su vida pasada, y se preguntó con desasosiego cuál sería su suerte aquel día en que tenemos todos que aparecer ante el trono de Dios a recibir pena y castigo o recompensa y gloria por lo que hemos hecho en esta vida, bueno o malo.

CAPÍTULO VIII

UNA VISITA INESPERADA

Cuando Carlota volvió a su casa, observó un movimiento extraordinario en el callejón. Muchas mujeres rodeaban a un señor, en el que ella reconoció a su amigo el pastor. Tan luego como vió éste a la chica, fué a su encuentro y se hizo conducir por ella a su buhardilla.

Pero cuando entró en aquel lugar obscuro, exclamó:

—Carlota, hija mía, ¿cómo es posible que vivas aquí?

—Sí, señor—contestó.—Mamá dice que tenemos que contentarnos con este cuarto, hasta que pueda recibírseme en el teatro, cuando sea bonita para ser cómica.

—Carlota, yo he venido a pedir licencia a tu mamá para hacerte educar en una pensión. ¿Crees tú que consentirá en ello?

—No, no, señor—contestó la chica.—Mamá no consentirá jamás que yo aprenda a leer y escribir. Ella no sabe que voy yo a la capilla; si lo llega a saber, me maltratará seguramente.

—¿Qué es lo que puedo hacer por ti?—replicó entonces el pastor.

—Nada, señor, absolutamente nada. Permítame usted ir a la capilla los domingos. Si usted me regalara vestidos, de nada serviría; mi mamá los vendería al instante; nada puede usted hacer por mí.

—Sin embargo, yo quisiera hablar con tu mamá.

—Sería inútil, señor; hace algunos días que vino un buen señor, que le llaman evangelista, creo, y nos visitó; pero mi mamá se puso tan colérica, que le tiró por la escalera y casi le rompió las piernas.

El pastor calló un momento y pareció reflexionar.

—¿Quién es este señor Daniel?—dijo después de un buen rato;—tú siempre hablas de él.

—¡Oh!—contestó ella,—es un buen amigo mío, que me da una buena taza de café todos los miércoles.

—¿Qué cuesta una taza de café?

—Una taza grande llena de café, con un panecillo, cuesta quince céntimos.

—Está bien, Carlota; te daré todos los domingos una peseta, que le puedes dar a este señor Daniel para que te suministre tu almuerzo todos los días. Tú no me engañarás, estoy seguro—dijo el pastor mirando a la niña cariñosamente.—¿Puedo hacer alguna otra cosa por tí?

—No, señor pastor; estoy muy agradecida de su cariño; pero dígame usted algo de Dios, le suplico.

—Bueno, hijita—contestó;—te diré una cosa de Dios Si yo pudiera llevarte a vivir en mi casa con mis hijas, haría que te lavaran, y te pusieran un vestido nuevo para que estuvieras limpia y bonita. Dios quiere que vayamos a vivir a su casa en el cielo, pero éramos tan pecadores que no podíamos entrar allí: así fué, que envió a su Hijo para vivir entre nosotros y morir por nosotros, y darnos un nuevo ropaje con el cual podamos vivir en la casa de

Dios. Cuando pidas algo a Dios dí siempre: «Por amor de Jesucristo.» Jesucristo es el Hijo de Dios. Dios es nuestro Padre, y no abandona jamás a los que confían en Él.

Después de estas palabras, el siervo de Dios descendió cuidadosamente la escalera, seguido de Car-

... le condujo por el camino más directo.

lota, la cual le condujo por el camino más directo a una de las calles principales, al llegar a la cual el pastor se despidió de ella diciéndole: «Dios te bendiga, hija mía», en un tono que conmovió el corazón de la pequeña.

A la mañana siguiente apareció Carlota, orgullosa y contenta, en la tienda de Daniel, y le entregó la moneda que debía pagar el almuerzo de toda la semana.

Cuando Carlota contó lo que había pasado, se agitó Daniel un poco; pero las impresiones serias que había recibido se habían borrado, y para tranquilizar su conciencia se decía a sí mismo que, cuando los señores quisieran que dejara su comercio, tendría tiempo bastante para hacerlo; hasta entonces no comprendía por qué había de dejar sus ganancias lícitas.

CAPÍTULO IX

LA ORACIÓN DE CARLOTA, CONTESTADA

De esta manera transcurrieron algunos meses. Las noches del domingo venía la chica con el corazón contento, y se sentaba en su sitio junto al púlpito.

Antes de entrar se ponía un vestido usado, que había pertenecido a Juana, y que le guardaba Daniel con sus vestidos de sacristán. El pastor no tenía en toda la congregación otro oyente tan atento como la niña; con gusto hablaba con ella después del sermón, y le decía palabras de exhortación y de amor.

Al mismo tiempo le daba la peseta para su almuerzo, que Juana y Magdalena ahorraban para ella, y que entraba desde luego en el bolsillo de Daniel.

Pero un domingo por la noche, cuando el pastor subía al púlpito, observó con pesar que la carita pálida y atractiva de la pequeña Carlota no se encontraba en su lugar acostumbrado. Tambien Daniel, así que vió que su pequeña amiga no vino en toda la semana por su almuerzo, sintió gran inquietud por ella.

Bien fuese que se dijese a sí mismo que la niña nada le importaba, y que sería un tonto en darse pena por esto, bien que tratase de consolarse con que su comercio iba tan bien y no debía tener cuen-

ta con nada más, estas razones egoístas no podían tranquilizarle; pasaba los días triste y solitario. Sabía muy bien que al pastor le era conocida la habitación de Carlota, pero no osaba preguntarle, por miedo de despertar su desconfianza.

Pero cuando Carlota no apareció en la capilla el domingo siguiente, creció su cuidado a tal extremo, que entró a la sacristía después del culto.

—Señor pastor—comenzó,—estoy intranquilo por la niña que venía con tanta exactitud a la capilla; sé que usted la ha visitado una vez, porque ella me lo ha dicho. ¿Tiene usted la bondad de darme sus señas, y yo me informaré de ella?

—Seguramente, Durán—contestó el pastor;—yo mismo tengo mucha pena por la niña, y mis hijitas están tristes, sin consuelo, porque no pueden entregarle su pequeña dádiva.

—Entonces iré en busca de ella—dijo Daniel, conservando un aire indiferente, mientras anotaba en su registro la habitación de la chica.

Respetuosamente despidióse del pastor, cerró la capilla y se fué corriendo, sin esperar al día siguiente, a buscar a Carlota.

No le costó poco trabajo el encontrar la casa en aquel laberinto de calles de mala fama.

Al pie de la escalera que conducía hasta aquel lugar miserable, hubiera Daniel perdido casi el valor y habríase vuelto, si no hubiese oído en aquel momento una voz infantil que decía: «Mi buen Dios, te ruego, manda que alguna persona venga a verme; ¡óyeme en el nombre de Jesús! Amén.»

—Aquí estoy, Carlota—gritó Daniel.—Encendió una cerilla que llevaba consigo, y con gran habilidad subió los peldaños apolillados de la escalera, estando en pocos segundos al lado de su amiguita.

Estoy intranquilo por la niña...

Estaba acostada casi en el suelo la pobre chica, pues sólo algunos trapos formaban su miserable cama. Tan luego como vió a Daniel, exclamó contenta:

—¡Oh, señor Daniel, el buen Dios lo ha mandado a usted.

—Sí, sí—contestó éste inclinándose al lado de la chica, y cogiendo sus manitas frías dentro de las suyas para calentárselas.

—¿Qué le ha dicho a usted el buen Dios, que ha venido usted hasta aquí, señor Daniel?

—Me ha dicho—contestó éste con voz enternecida,—me ha dicho que soy un gran pecador; me ha hecho ver que amo más al dinero que a una pobre niñita sin hogar; ha despertado mi conciencia, y me ha dicho: ¡Necio!, esta noche misma, quizás, te pedirán tu alma; ¿qué te servirá haber ganado el mundo entero si tu alma se pierde?

—Pero usted es un hombre honrado, ¿no es así, señor Daniel?—observó la chica.

—Un hombre que se ama a sí mismo soy yo, un pecador muy grande—respondió éste seriamente.—He visitado el culto celosamente, pero por pura codicia; he sido honrado y trabajador, pero sólo por amor al dinero. He perdido mi vida, he olvidado a mi Dios; ¡qué necio he sido yo! ¡Carlota, Carlota, tú eres más feliz que yo!

—¿Por qué no se dirige usted a Dios en el nombre de Jesús?—dijo la niña.

—Yo no puedo orar ya—contestó Daniel.—La codicia ha secado mi alma, y mi corazón se ha puesto duro, no puedo rogar a Dios.

—Dios es amor—dijo Corlota.—Jesús ha dicho que vino a buscar y salvar a todos los perdidos.

—Lo sé, sí, lo sé—decía llorando Daniel,—¿pero me perdonará Dios?

Carlota no podía contestar, porque estaba tan

débil, que sólo quería apretar imperceptiblemente la mano de su amigo y decir con voz apagada:

—¡Oh, Señor! Convierte el corazón del señor Daniel, por tu Hijo querido. En seguida cerró los ojos, pero por el movimiento de sus labios podía conocerse que oraba por su amigo. Este juntó las manos con devoción, y con lágrimas en los ojos exclamó:

—¡Dios; ten misericordia de mí, pecador!

CAPITULO X

LA SOMBRA DE MUERTE

A la mañana siguiente, no se abrió la tienda de café, y los parroquianos de Daniel miraban con sorpresa el sitio vacío. Pero mucho más se habrían sorprendido si supiesen en qué se ocupaba el viejo solterón. Durante toda la noche había velado al lado de la niñita, enferma, que en su delirio, hablaba a menudo de Dios y nombraba a su amigo el señor Daniel.

Una vecina le dijo que la madre de Carlota había abandonado la casa algunos días antes, por temor a que las fiebres de la niña fueran contagiosas.

Tan pronto como amaneció, envió Daniel a buscar al médico, y después de consultar con él, y de obtener su aprobación, envolvió a la pequeña en su sobretodo, la tomó cariñosamente en brazos, la bajó a un coche de punto, que la vecina había ido a llamar, y se la llevó a su casa.

En el mismo día escribió al pastor la carta siguiente:

«Respetado señor:

Si usted quiere tener la bondad de venir a mi casa modesta, podrá usted ver a la pobre Carlota, que está gravemente enferma. Yo temo que en breve morirá, si nuestro buen Dios no la mejora por un milagro.

»Esperando que usted me dispensará la libertad que me tomo, porque no puedo abandonar la chiquita, quedo con respetuosa consideración,

Su afectísimo servidor,

Daniel Durán.

... la tomó cariñosamente en brazos y la bajó.

Apenas había leído el pastor esta carta, cuando fué apresuradamente a la casa del viejo sacristán. Allí encontró a Carlota en la cama de Daniel, pálida y extenuada. Un débil color encendió sus mejillas cuando vió entrar al pastor, y dijo risueña:

—¡Ah, señor pastor, usted tenía razón! El buen Dios me ha regalado todo; una sola cosa me falta todavía: el señor Daniel no está pagado aún por el café que me ha regalado.

—Dios me ha pagado, al contrario, centuplicado —dijo Daniel,—ha salvado mi alma y me da ahora el valor, señor pastor, de referirle todo mi pasado. Hace más de diez años que tengo, en un barrio pobre, una tienda en que vendo café con leche todas las mañanas. Con este comercio gano yo cerca de veinte pesetas todas las semanas. Temiendo que mi pequeño comercio disgustaría a usted, se lo he ocultado con mucho cuidado. Yo he sido el que le ha vendido el café a esta pobre niña; sí, se lo vendía, cuando debía regalárselo. Las palabras sencillas de esta chica me han conmovido y hecho una impresión más fuerte que el sermón más brillante. Si usted supiera, señor pastor, cómo mi conciencia me remordía, cuando esta querida niña me decía, por ejemplo: «¿Ama usted al Señor Jesús de todo corazón, señor Daniel?» o «¿qué hace usted con su dinero, señor Daniel, se lo regala usted al Señor?» Esta última pregunta ha quedado sin contestación hasta la mañana de hoy. He contado mi pequeña fortuna al lado de esta cama en mi mente, y he encontrado que monta a cerca de diez mil francos, y he dicho al Señor: ¡Oh Dios mío, todo esto es tuyo! Si quieres tener misericordia con tu siervo indigno, conserva esta niña querida, para que sea para mí y para otros una fuente de bendición.

La voz de Daniel temblaba, e inclinaba su cabe-

... salió a pasear con su bienhechor.

za sobre la almohada en que estaba recostada la cabecita de Carlota. La niña echó una mirada amorosa a su viejo amigo, y después se la oyó decir despacito:

—¡Oh Dios mío! Te había rogado que me llamaras a tu lado; pero si el señor Daniel me necesita todavía, te suplico en el nombre de tu Hijo Jesucristo, déjame algún tiempo más aquí abajo. Amén.

Un silencio profundo reinaba en el aposento; yacía la niña sin sentido en su lecho; ninguno de los dos hombres se movía; solamente el pastor parecía orar con devoción. Algunos minutos después se acercó a la cama y vió con alegría que la niñita respiraba de una manera más regular; tomó su manita y sintió vida nueva, en lugar del hielo de la muerte. Tocó a Daniel en el hombro, y al levantar éste la cabeza alarmado, le dijo en voz muy baja:
—La niña no ha muerto, duerme solamente.

Carlota sanó, y Daniel alquiló cerca de la capilla una habitación decente, a la que se mudó con su hija adoptiva.—No pudo saber nunca nada sobre la suerte de la madre, a pesar de sus diligencias, y se alegró de que nadie viniese a arrebatarle la niña.

Cuando Carlota se hubo restablecido, salió a pasear con su bienhechor, y más tarde fué con él por las mañanas al puesto de café, donde aprendió bien pronto a servir a los parroquianos. Pero lo que más le agradaba era barrer y limpiar el polvo de la capilla, donde tan a escondidas había entrado al principio. Con preferencia amorosa limpia el púlpito, la

sacristía y el banco donde se sientan las niñas del pastor. El domingo no tiene el pastor oyente más atento que la pobre huérfana; cuando sube al púlpito y contempla la carita infantil de la niña, se acuerda con emoción de lo que pidió un día tan sencillamente, y de su corazón sube oración fervorosa al trono de Dios: «Señor mío, que pones de manifiesto a los humildes de corazón tus caminos, dame la sencillez de esta niñita.»

ÍNDICE

Páginas.

CAPÍTULO I

El puesto de café. 5

CAPÍTULO II

La tentación de Carlota. 10

CAPÍTULO III

Un amigo viejo con vestido nuevo. 15

CAPÍTULO IV

Explorando tierras desconocidas. 21

CAPÍTULO V

Carlota descubre un nuevo mundo 25

CAPÍTULO VI

La primera oración. 28

CAPÍTULO VII

Preguntas difíciles. 30

CAPÍTULO VIII

Una visita inesperada. 33

CAPÍTULO IX

La oración de Carlota, contestada 37

CAPÍTULO X

La sombra de muerte. 42

MADRID
IMP. DE E. IZAGUIRRE - CHURRUCA 17
1920